

330 COMPOSICIONES DIVERSAS.

De ciprés funeral, Musas celestes;
Y donde á las del mar sus aguas mezcla
El Garona opulento, en silencioso
Bosque de lauros y menudos mirtos,
Ocultad entre flores mis cenizas.



NOTAS.

(1) *Apenas, Fabio, lo que dices creo.* Esta sátira que publicó la Academia española en el año de 1782, y reimprimió despues en la coleccion de obras premiadas, ha sido posteriormente corregida por el autor, para darla de nuevo á la prensa.

Divídese en ella la poesía en sus tres géneros principales: lírico, épico y dramático, prescindiendo de los demas en que estos pueden subdividirse. Asi logró el autor hacer mas metódico y perceptible el plan de su obra, reduciéndole á lo que el poeta canta en la exaltacion de su fantasía y de sus afectos, á lo que refiere celebrando los héroes y los grandes sucesos que le dicta la historia, y á lo que enseña poniendo en el teatro una imagen de la vida, copiando los vicios ridículos ó terribles, para inspirar en el ánimo el amor á la verdad y á la virtud.

En la lírica, despues de hablar de los argumentos triviales y de ningun interes, censura los vicios de estilo, las metáforas violentas, la exageracion, la redundancia, los conceptos falsos, los juegos de palabra, los equívocos y retruécanos. Culpa la perjudicial manía de componer de repente, y la de solicitar el aplauso del vulgo con bufonadas y chistes groseros que desacreditan á su autor y á quien los celebra. Desaprueba en los poetas antiguos el uso destemplado de voces y frases latinas, de que resulta un estilo afectado y pedantesco, aludiendo particularmente á las obras de Góngora,

Villamediana y Silveira: y en los modernos, la mezcla absurda de los arcaísmos con palabras, acepciones y locuciones francesas, que alterando la sintaxis de nuestro idioma, destruyen por consiguiente su pureza y su peculiar elegancia.

En la épica, se hace cargo de dos defectos muy considerables: falta y exceso de ficción. Del primero resultan epopeyas lánguidas, ó mas bien, historias en verso sin artificio alguno poético, y por consecuencia sin interes ni deleite. Por el segundo, la fábula épica se confunde en una multitud de incidentes episódicos que alteran la unidad, y turban el progreso del poema; y cuando en ellos se abusa de lo maravilloso, hacen su narracion increíble. Por las indicaciones que da el autor en esta materia, se infiere que consideró como faltos de invencion los poemas de *la Araucana* de Ercilla, *la Mejicana* de Gabriel Laso, *la Nueva Méjico* de Villagran, y *la Austriada* de Juan Rufo; y de imperfectos por el extremo contrario, *el Bernardo* de Valbuena, y *las Lágrimas de Angélica* de Luis Barahona de Soto. Extiende su crítica á las menudencias pueriles que degradan la sublimidad de la epopeya, á las imágenes repugnantes en las descripciones de las batallas, á los extravíos de la fantasía y á la inoportuna erudicion. Reprueba los gigantes, vestiglos, dragones, estatuas que hablan (y en esto se censuró el autor á sí mismo), carros aéreos, globos y espejos encantados, y otras invenciones derivadas de los libros caballerescos que ya no sufre la filosofía de nuestra edad, y exceden los límites de toda licencia poética.

En la dramática, acusa el autor á nuestros antiguos poetas de haber confundido los dos géneros trágico y cómico, de la inobservancia de las unidades, de la ignorancia de usos y costumbres, de haber aplicado al teatro los argumentos épicos, de no haber dado á sus fábulas un objeto moral ó de

instruccion, adulando los vicios groseros del vulgo, ó recomendando los de otra clase mas elevada como acciones positivamente laudables. No olvida tampoco las impertinentes chocarrerías de los llamados *graciosos*, el culteranismo de damas y galanes, los puñales fatídicos, apariciones de espectros, princesas desfloradas, rondas, escondites, cuchilladas, falso pundonor, lances (mil y mil veces repetidos) de la cinta, de la flor, del retrato, que dan ocasion á tan alambicados conceptos; y el voluntario y trivial desenlace con que finalizan aquellas enmarañadas fábulas. Las comedias de magia, de santos y diablos, y las de asuntos y personajes mitológicos (último exceso del error), merecieron tambien la desaprobacion del poeta.

Al leer la presente composicion, debe considerarse que la Academia solo pidió á los aspirantes al premio una sátira, no un riguroso poema didáctico. Juan de la Cueva escribió en verso (con poco método, redundancia, desaliño, y no segura crítica) una compilacion de preceptos relativos al arte de componer en poesía. Los franceses tienen en su lengua la excelente Poética de Boileau: nos falta en España un poema semejante, y mientras no aparece, solo la *Leccion poética* puede suplirle.

(2) *Si, la pura amistad que en dulce nudo.* Don Gaspar Melchor de Jovellanos, uno de los mas distinguidos españoles que ilustraron los reinados de Carlos III. y Carlos IV., literato, anticuario, economista, jurisconsulto, magistrado, buen poeta, orador elocuente, unió á estas prendas la amabilidad de su trato, hija de su virtud tolerante y benéfica. Á este hombre célebre debió Moratin una cordial estimacion, que ni la ausencia, ni el tiempo, ni las violentas alteraciones políticas pudieron extinguir ni debilitar. No se omita en el recuerdo de un varon tan ilustre el mayor elogio que

puede dársele: sus ideas y su conducta no eran acomodadas á la edad de corrupcion en que vivia, ni al palacio que nunca hubiera debido conocer. No es mucho pues que el autor de *El Delincuente honrado* padeciese destierros y cárceles, sin que ningun tribunal tuviese noticia de su delito.

Agitada despues la nacion en el conflicto de una invasion extranjera; su Rey ausente; precisada á formar un gobierno para su conservacion y un ejército que la defendiese, volvió Jovellanos á ocupar el puesto que le pertenecia, y á poco tiempo la envidia, la ambicion, los privados intereses, el furor de los malvados le arrojaron de él: que en tanta agitaciones y desórdenes nunca es el mando recompensa de la virtud, sino del atrevimiento. Insultado, proscripto, fugitivo de una á otra parte, anciano y enfermo, evitando á un tiempo el encuentro de las armas enemigas y la injusticia de su patria, apenas halló el benemérito escritor de *La Ley agraria* un asilo remoto en que poder espirar. Añádase este borron á los muchos que afean la historia de nuestra literatura.

(3) *A vos el apuesto cumplido garzon.* Los inteligentes dirán cual sea el mérito de esta composicion. Baste asegurar que una obra escrita en el lenguaje que hablaron en Castilla nuestros abuelos cuatro siglos hace, en la cual no solo las palabras, sino las frases, el giro poético, la versificacion y las ideas han de suponer la antigüedad que el autor quiso darla, es un esfuerzo muy difícil.

En ella celebró el poeta el casamiento del Príncipe de la Paz con una nieta de Felipe V, y no será la única de las que escribió para el Príncipe, que ocupe un lugar en esta coleccion.

Mientras aquel personage mereció la predileccion del Soberano, y dispuso á su voluntad de los destinos de la mo-

arquía, los literatos y los artífices solicitaron su favor, como los preladados, los magistrados, los caudillos, los ministros, los embajadores, los grandes. Árbitro de la fortuna y aun de la existencia de muchos de ellos, ninguno desconoció la necesidad de complacerle: todos frecuentaron sus antecámaras, su gabinete y su caballeriza. Distinguió á Moratin entre los humanistas que florecian entonces, y continuamente le estimulaba á escribir. Si algo valen las comedias originales de este autor, á él se le deben, y á la preferencia que daba á sus composiciones entre las muchas que á porfía le presentaban los demas. Error sin duda; pero no el mas grande de los que pudo cometer durante su gobierno.

Ni fue su amigo Moratin ni su consejero ni su criado, pero fue su hechura: y aunque existe una filosofía cómoda que enseña á recibir y no agradecer, y que obrando segun las circunstancias, paga con injurias las mercedes recibidas y solicitadas, Moratin estimaba en mucho su opinion para incurrir en tan infames procedimientos. Entonces trató de complacer á su protector por medios honestos, y entonces y ahora le deseó felicidad y se la desea. Todo el esfuerzo de las pasiones poco generosas, que llegaron despues á trastornar el orden público, habrá sido bastante para despojar á este literato español de cuanto recibió del Príncipe de la Paz; pero no habiéndole privado de su apellido y su honor, mientras los conserve, será agradecido. Esta virtud, que para los malvados es un peso insufrible que sacuden á la primera ocasion que se les presenta, en los hombres de bien es una obligacion de que nunca saben olvidarse.

(4) *¿Quieres casarte, Andrés? ¿Ó te propones....* Para manifestar los defectos de lenguaje y estilo en que han incurrido algunos poetas modernos, imaginó el autor que el medio mas breve era componer un centon de muchas de sus

frases y versos, y presentársele al lector imparcial, para que juzgue lo que su buena razon le dicte. Pudo recoger sus materiales con abundancia entre varios autores; pero le pareció que reduciéndose á cuatro de ellos no mas, facilitaria el coitejo de los pasages del centon con sus mismos originales. Esta precaucion y la de no haber añadido nada de su parte, le proporcionaron el desempeño de su objeto con toda la exactitud que en estos casos se requiere.

No intentó desacreditar en esta composicion el mérito de algunos coetáneos, cuyos aciertos reconoce y admira; quiso únicamente rectificar una equivocacion de las muchas que padeció don José Luis Munarriz en sus adiciones á las *Leciones de Hugo Blair*. Allí se dice que *no se ha de aprender en Garcilaso, Jáuregui, Rioja, Arguijo, Lope de Vega, Quevedo, ni en ninguno de cuantos versificaron en su tiempo, ni en todos nuestros ingenios, hasta el tiempo de Melendez, porque no castigaron sus poesías*, en las cuales comunmente se observa incorreccion y desaliño. Por consecuencia, recomendó como exentas de estos defectos las obras de *Melendez*, y las de otros escritores que á ejemplo suyo pulan, corrijan y perfeccionen sus poesías.

En tanto pues que llega el caso de que nuestra juventud descaminada por tan falsa crítica, desprecie y abandone la lectura de los antiguos poetas españoles, creyendo hallar solo en los modernos las perfecciones que debe imitar, no será enteramente inutil la epístola dirigida á Andrés. Tal vez en ella se echará de ver que Munarriz se equivocó lastimosamente en lo que dijo, y que si deben leerse con precaucion los poetas antiguos, lo mismo debe practicarse con los muy modernos, y que si aquellos fueron incorrectos y desaliñados, algo hay en estos todavía que se pudiera y debiera limar, pulir, corregir, castigar y perfeccionar.

(5) *Ya los felices campos que corona*. Esta oda se escribió á nombre de doña Sabina Conti, natural de Madrid, esposa de don Juan Bautista Conti. Se imprimió en Lendinara con otras poesías italianas y latinas, compuestas al mismo asunto en el año de 1795.

En el año de 1799 un autor vergonzante publicó en Barcelona la misma oda, callando prudentemente de dónde le habia venido la inspiracion poética: aplicó á la festividad del Corpus el argumento, y añadió y quitó lo que le pareció suficiente para hacerla suya. Véase una prueba de su trabajo.

*Ya las calles y plazas, que corona
Marcial cordon, y la piedad ocupa,
Oigo sonar con voces de alegría,
Que repiten los ecos.*

*Llena de pueblo, Barcelona humilde,
Hoy los altares religiosa adorna
Al Rey triunfados, á cuya planta
Yace el herege impio. etc.*

Asi prosiguió con su obra, la cual efectivamente ni puede llamarse original, ni imitacion, ni copia. Con esta misma delicadeza y acierto le han imitado á Moratin varias veces en las composiciones dramáticas: á la manera del dibujante inepto que pasa al trasluz una figura, estropeando todos sus contornos. Entre los varios métodos que se han descubierto para saber sin estudiar, este es el mas breve.

(6) *Flumiso, el celebrado*. Don Nicolás Fernandez de Moratin nació en Madrid en el año de 1737, y murió en el de 1780. Cultivó con acierto varios géneros de poesia. En sus romances hay pinturas felicísimas que anuncian la fe-

cunda imaginacion del poeta, y el estudio que habia hecho de nuestra historia y antiguas costumbres. El canto épico de *las Naves de Cortés* se considera como lo mas perfecto que tenemos en este género. En sus composiciones amorosas imitó con maestría al Petrarca: en la lírica sublime rivalizó con nuestros buenos poetas antiguos. La pureza de language y la armonía de la versificacion son comunes á todas sus obras. Menos apto su talento para la imitacion dramática, dió á luz una comedia y dos tragedias, que aunque muy superiores á todo lo que entonces se admiraba en nuestra escena, no llegan todavía á aquella difícil perfeccion que se exige en esta clase de composiciones. Durante su vida combatió con éxito feliz los extravíos del mal gusto: sostuvo los buenos principios, y facilitó con su ejemplo el camino á los que le siguieron despues. Las noticias críticas é históricas de su vida, publicadas pocos años hace al frente de sus *Obras póstumas*, dan á conocer cuan benemérito fue este poeta de la celebridad que adquirió en su tiempo, y aún conserva en el aprecio de los inteligentes.

(7) *Id en las alas del raudo céfiro.* Sin abandonar el uso de la rima tan autorizado ya en todas las naciones de Europa, puede la nuestra variar sus composiciones poéticas adoptando en parte la versificacion de griegos y latinos, en que no se necesita la consonancia. Es cierto que la prosodia de aquellos no es aplicable á las lenguas vivas; pero para juzgar el mérito de la aproximacion (ya que la identidad es cosa imposible) basta un oído acostumbrado á conocer y comparar las combinaciones de la armonía. No todas las clases de versos que fueron comunes á Grecia y Roma pudieran admitirse, puesto que en algunos ya no sabemos percibir el número y nos parecen prosa: defecto que no está en ellos seguramente, sino en nosotros; pero eligiendo para la imita-

cion aquellos en que no hay este inconveniente, se lograria dar á la versificacion castellana mucha riqueza y variedad.

Gerónimo Bermudez fue el primero que lo practicó en los coros de sus tragedias. Don Esteban de Villegas en su traduccion de Anacreonte y en sus hexámetros, sáficos y adónicos, repitió el mismo laudable atrevimiento, que debiera haber tenido mas imitadores. Aún quedan muchas cuerdas que añadir á la lira española.

(8) *Cupido no permite.* Bajo el nombre de Rosinda celebró el autor en esta oda á Maria del Rosario Fernandez, á quien llamaron *la Tirana*. Empezó á representar en Sevilla su patria: pasó despues á la compañía de los Sitios, y de allí en el año de 1781 á la que dirigia en Madrid Manuel Martinez. Fue primera dama en ella, y obtuvo los aplausos del público por las bellas prendas naturales que la adornaban, su constante aplicacion al estudio, y el zelo infatigable con que procuraba sostener la celebridad y los intereses de su compañía. Sobresalió particularmente en las comedias antiguas, en las cuales, si no imitó la verdad de la naturaleza (que no siempre es facil á un actor descubrirla en aquellas composiciones) supo á lo menos substituir en su lugar un estilo fantástico, expresivo, rápido y armonioso, con el cual obligó al auditorio á que muchas veces aplaudiese lo que no es posible entender. Su juventud, su gentil disposicion, la nobleza de sus actitudes, su animado semblante, el incendio de sus ojos andaluces, su buen gusto y magnificencia en trages y adornos la hicieron grata á la multitud, y precisaron á los inteligentes á mirar con indulgencia sus defectos. Murió retirada ya del teatro, en el año de 1803, á los cuarenta y ocho de su edad.

(9) *Ya la feliz ribera.* Amenazada Valencia por el ejército francés en el año de 1811, el gobierno de ella mandó

destruir los edificios exteriores mas inmediatos á sus murallas. La orden se cumplió con funesta prontitud, y en pocos dias se demolieron el convento de la Zaydia, una parte del arrabal de Morviedro, el palacio del Real y los parapetos del río: se cortaron sus puentes, y se arrasó la hermosa alameda que coronaba sus orillas: todo á fin de facilitar la defensa de la ciudad, y la ciudad no se defendió. Pocos meses despues el mariscal Suchet, de acuerdo con el benemérito corregidor y ayuntamiento, hizo restablecer el plantío de la alameda, y formar junto á él una copiosa almáciga: la actividad de los zelosos ciudadanos que intervinieron en ello aseguró el acierto de la ejecucion. Esto alaba el poeta (y no mas que esto), persuadido de que plantar una arboleda en España es accion que merece elogio; y si como fue un francés el que estableció en Valencia un paseo magnífico, hubiera sido un negro bozal de Mandinga, igualmente lo celebrára.

Si en una especie de historia impresa pocos años ha se aplaude que el populacho de Madrid arrancase los árboles que mandó plantar José Napoleon desde palacio hasta la puerta de Castilla, el autor habrá tenido sus razones para adular aquel desahogo frenético de la plebe, hijo solo de su ignorancia. Tal es la variedad de los juicios humanos: el poeta celebra al general francés porque hizo plantar unos árboles, y el historiador se hace panegirista de los manolos porque los arrancan. Alguno de los dos se ha equivocado groseramente.

(10) *¡Te vas, mi dulce amigo.* Es sensible que á la *Historia de la dominacion de los árabes en España*, escrita por don José Antonio Conde, no acompañen algunas noticias relativas á la vida del autor. Bien pudiera haberlo hecho uno de sus mejores amigos, encargado despues de su muerte de concluir la edicion de dicha historia; pero tal vez se le debe

agradecer su silencio. ¿Cómo hubiera podido hablar de los últimos años de aquel literato virtuoso y modesto, sin llenarse de indignacion al considerarle fugitivo, expatriado, perdidos sus empleos, destituido por sus compañeros de la silla académica, y robado y vuelto á robar, por auto de juez y á nombre de la patria? Bien hizo el editor de aquella obra en no escribir su vida. Si el mérito de Conde pudo envanecernos, su suerte nos avergüenza. Bueno es callar las aflicciones que tuvo que sufrir: bueno es que se ignore que un sabio español, en el ilustrado siglo décimonono, debió á la sensibilidad de sus amigos los últimos auxilios de la medicina, y los honores del sepulcro (*).

(11) *Deja tu Chipre amada.* El autor estudiaba á Horacio traduciéndole. No hay medio mas seguro de conocer hasta adonde llega el mérito de aquel poeta, y la superioridad del idioma en que escribió, comparado con los modernos. En las

(*) Cuando por un efecto de los acontecimientos políticos del reino recibió orden la Academia de la Historia en noviembre de 1814 para borrar de su catálogo algunos de sus individuos, entre ellos á don José Antonio Conde, mostró el mas grave sentimiento, y de ello hay señales en el acta del dia en que recibió la orden y en otros monumentos académicos posteriores. En los años siguientes, y en épocas de muy diversa naturaleza, la Academia hizo y repitió diligencias enérgicas para reparar tan dolorosa pérdida y recobrar sus amados compañeros. Habiendo facilitado algunas circunstancias particulares la vuelta de Conde á la corte, la Academia la aceleró con su influjo, la apoyó eficazmente en sus informes, y logró en fin el deseado fruto de sus esfuerzos. Los académicos todos, que no cedían á Moratin en el aprecio de aquel virtuoso y modesto literato, se dieron la enhorabuena por su vuelta, que se verificó en virtud de Real orden el año de 1816. La Academia le abrió espontánea y oficiosamente sus puertas; le vió con gozo restituido otra vez á su silla; le nombró bibliotecario y anticuario, cargos de la mayor distincion y confianza en el Cuerpo; y le alojó en el mismo edificio y aposento de sus juntas. En él habitó Conde lo que le restó de vida; en él contrajo su última enfermedad, y en él falleció asistido y llorado como un hermano por todos los académicos el dia 12 de junio del año 1820.

Estos hechos fueron públicos: Moratin era demasiado amigo y familiar de Conde para que no llegasen á su noticia: ¿cómo puede ajustarse la nota precedente de Moratin con los hechos? La Academia lo ignora. (*Nota de la Academia.*)